

EL LEVRERO QUE CONOCÍ

Jorge Ruffinelli

Debí conocer a Mario Levrero, con ese nombre (porque en realidad se llamaba Jorge Varlotta) hacia 1969, cuando por azar fui jurado en dos concursos, “El premio de los jóvenes”, organizado por la editorial Arca, y el anual, de narrativa, de “Marcha”. Al menos en el de “Marcha” Levrero participó, porque salió en segundo lugar. Muchos años más tarde, durante una extraña y perturbadora conversación telefónica, supe que me responsabilizaba por el fallo del jurado, pues Levrero sentía que su obra era superior a la de Cristina Peri Rossi, que había ganado. No consideró que yo era sólo uno de tres jurados, y que el fallo había sido unánime. De todos modos, ya en esos tiempos supe que Levrero orillaba la paranoia y podía ser identificado con algunos de sus personajes.

A fines de 1970 leí su novela *La ciudad*, y la reseñé en *Marcha*: “Esta novela de Mario Levrero puede considerarse casi su obra inicial, de contar como inédita una plaqueta titulada *Gelatina*, donde desarrollaba un relato igualmente extraño y perturbador, y los escasos cuentos publicados en revistas y periódicos. Claro está, la lectura de estos antecedentes podría de algún modo servir de introducción al mundo enigmático y sofocante que *La ciudad* desarrolla en un registro mayor y por lo tanto más realizable. Porque contra todas las apariencias del libro —un narrador relata sus peripecias en un estilo realista y esas peripecias son apenas las que engendra un viaje hacia una ciudad desconocida— todo está empapado de una atmósfera irreal y fantástica, con escasas, muy escasas claves.

“El narrador sale de ‘la casa’, es recogido por un camionero y su acompañante femenina, manoseado por la mujer en la oscuridad del camión, expulsado del mismo por el chofer, llega luego a un pueblo afantasmado que los habitantes llaman ‘la ciudad’ y el encargado de una estación de servicio lo acoge en su casa, le dispensa un buen trato no exento de misterios prohibiciones y advertencias, hasta que decide escapar, encontrar la estación ferroviaria que nadie sabe dónde se halla y partir hacia cualquier otro destino.

“Lo original del relato consiste en el despojamiento de las causalidades lógicas en la transformación de lo habitual en fantástico, en la inserción de hechos aparentemente triviales en un clima

fantasmal que preña esos hechos de oscuros significados. Leída en la cuerda realista con que está escrita (el personaje-narrador puede 'extrañarse' de los acontecimientos pero nunca pone en duda su realidad) la novela propone una cifra absurda del mundo, y el diseño de una personalidad sicótica, o paranoica, que distorsiona ella misma el entorno exterior. Leída en clave, puede reconocerse la relación con algunos mitos fundamentales, bíblicos (es significativo que en la extraña 'ciudad' el hombre encuentre un libro en castellano, la Biblia, junto con otros escritos en lenguas indescifrables) como el de Adán y Eva (el encuentro del camión y su expulsión del paraíso), y particularmente el mito clásico de Teseo y el Minotauro (la ciudad es un laberinto, y en la casa del guarda hay una habitación clausurada y una mujer prisionera), con la textual lucha del héroe y el monstruo antes de la liberación final.

“Lo insólito como situación habitual ya había entrado en nuestra literatura: la casa inundada de la novela de igual título, el túnel de 'Menos Julia', las muñecas en 'Las hortensias', explorado literariamente por Felisberto Hernández, pero acaso Levrero provenga con mayor fuerza de Franz Kafka, de quien reproduce unas líneas en el epígrafe, aludiendo a la 'ciudad' como a una forma imprecisa de la imaginación. Más cercano al Kafka de La muralla China, por ejemplo, aparece en algunas escenas, como los diálogos entre la mujer y el personaje después de su expulsión del vehículo. De todos modos, lo que ha hecho Levrero es una recreación coherente, perfectamente armada con suspensos e intrigas, y con un dominio definitivo del arte de contar una historia válida en sí misma, que no requiere otras explicaciones que las dadas por su absurdo lógico.

“En cierta escena el personaje quiere comprar zapatos, entra a un comercio pero nadie lo atiende, por lo que debe buscar él mismo entre “cajas acomodadas de acuerdo con distintas formas, tamaños y colores” y cuyo contenido nada tiene que ver con las cajas. “Me di cuenta entonces de que el orden que allí existía era sólo aparente: el aspecto exterior era, sí, de un orden hermoso y lógico” pero los “zapatos grandes estaban a veces muy apretados en cajas en las que entraban justos; otros en cambio muy pequeños, incluso de niño, estaban contenidos en cajas enormes”. El episodio mismo parece aludir a la novela: la semejanza de las formas en su correspondencia con lo real, sus súbitas mutaciones en lo imprevisto o en lo increíble están contenidas en un relato de engañosa apariencia tranquila. Ahí parece descansar el secreto de este libro, un libro de por sí

excelente, sin duda uno de los mejores que se hayan publicado este año” (*Marcha*, 24 de diciembre de 1970, p. 30).

Mi reseña no fue la primera, históricamente, que haya prestado atención a un libro de Levrero. En una publicación “marginal” llamada HP (*Huevos del Plata*) había aparecido ya alguna reseña de sus escritos. En esa época recuerdo que Levrero fue a verme a *Marcha* varias veces, tal vez animado por lo que yo había escrito. No se acercaba a la redacción, sino a los talleres, en la calle 33, donde los jueves formateábamos el semanario, para su salida cada viernes. Levrero me esperaba en la puerta de los talleres, en total mutismo. Los obreros, que ya advertían la singular presencia hierática, me decían: “Allí está”. Lo encontraba e íbamos a un café cercano. Sería exagerado decir: “para conversar”, porque esas reuniones consistían en que Mario me daba uno de sus inéditos para que yo lo leyera y publicara. No era hombre de conversación. Publiqué todo lo que me entregó, aunque años más tarde la memoria le jugaría una mala pasada.

En 1974 me marché a México, donde viví durante trece años. No tuve noticias de Levrero, pero luego supe que él vivió en Colonia y en Buenos Aires. Y que un grupo de fieles admiradores lo rodeaba y protegía.

Volví a Uruguay cuando acabó la dictadura y el país emergió a una vida más saludable, civil y democrática. Al menos, hubo elecciones. En enero de 1985 llamé por teléfono a Mario y hablamos durante más de una hora. Si doce años antes nuestra comunicación personal había sido extraña, de pocas palabras, y llena de enigmas, esa referida conversación telefónica resultó la más excéntrica que he tenido con un ser humano en toda mi vida. Ante todo, porque después de media hora de contarme sobre su vida en Buenos Aires, tuvo un sobresalto y se preguntó en voz alta: “¿Por qué te estoy diciendo estas cosas, si yo estoy enemistado contigo?” Mi sorpresa fue mayúscula porque jamás habíamos cruzado, antes, una palabra que no fuese relativamente amable o neutra en nuestros encuentros de los años setentas. Y la sorpresa creció cuando me explicó sus razones. Estas eran dobles, me dijo: una, que no había reconocido su calidad, en el concurso literario, dejándolo en una posición segunda. Otro, porque, dijo, yo ya no le había publicado más, en *Marcha*, ninguno de sus cuentos, luego de que él se negara a firmar un “manifiesto de Benedetti”. De repente me sentí personaje de uno de sus cuentos, ante una situación absurda, porque no sólo no era cier-

to, sino que no existió nunca un “manifiesto de Benedetti”. Le juré que yo jamás firmé ningún “manifiesto” como el que mencionaba, y, en cambio, él había sido el escritor de quien yo había publicado más cuentos en las páginas literarias de *Marcha*.

Sin embargo, lo más extraño de la conversación fue que, de repente, Mario “olvidó” su reproche y comenzó a contarme su vida privada. Que se había casado con su psicoanalista, que era al fin feliz, que estaba escribiendo más que antes... Todo lo cual me alegró. No obstante lo cual, terminamos el diálogo como dos personas que no volverían a comunicarse. Me pidió: “No vuelvas a llamarme”.

Un amigo común, enterado de esta situación ridícula, estaba por visitarlo y me prometió convencer a Levrero de que todo había sido un malentendido. Después supe por otras personas, que este “amigo”, en vez de mantener su palabra, había azuzado a Levrero aún más en mi contra.

En 1996 dediqué un número de la revista universitaria *Nuevo Texto Crítico* a la obra de Levrero. Esta era y sigue siendo desconocida en los Estados Unidos, pero siete investigadores se dieron cita para comentar y relevar la originalidad de una obra literaria. Unos meses más tarde recibí una breve carta de Levrero agradeciéndome la publicación. Desde ese momento hasta su muerte en 2004 no supe más de él. Sí en cambio del hijo de su viuda, quien con algunos amigos intentan filmar una película (de la que he leído el guión) en torno a tan singular personaje. Les deseo la mayor suerte.

Stanford, 15 de noviembre de 2014.